



## DEDICATORIA

---

**S**E parecen las estrellas á la modestia, en que buscan la obscuridad del cielo; y, ¡mira tú qué bello capricho!, por eso brillan.

El espejo te habrá dicho muchas veces que el azul de tus ojos es profundo, como el azul del mar que se ve de lejos. Tú misma, contemplándole, habrás entornado los párpados para que tus rubias pestañas velen con sombra dorada el resplandor de tus pupilas. En verdad: así suele brillar la limpia luz de la aurora al través de los rojos celajes de la mañana.

Mas el espejo, cortesano de tu belleza, que se apresura á decirte, siempre que lo miras, cuán hermosa eres, no puede hacerte ver el más bello encanto de tus ojos. Tú no sabes cómo resplandecen

cuando los bajas, porque entonces cae sobre ellos la apacible sombra de la modestia.

Alaba el mundo en que vives la fina blancura de tus mejillas, pálidas y suaves como Dios ha hecho las hojas de la azucena, y en verdad te digo que es admirable el brillo de tu tez y que puedes deslumbrar al alabastro mismo.

Lo que más te distingue entre tus compañeras y entre tus amigas, lo que más atrae hacia tu semblante las miradas de la admiración, de la envidia y del deseo, es la delicada palidez que baña tu rostro.

Pues bien, preciosa criatura : nada realza tanto tu original belleza como la tinta sonrosada con que el pudor enciende algunas veces tus mejillas.

Hace dos días que tu nombre corre de boca en boca ; y es que la moda celebra con entusiasmo fugitivo la novedad de tu último prendido, las vaporosas ondulaciones de tus ricos encajes.

Fuiste la reina del baile ; ninguna como tú pudo gozar del vano placer que nos causa la admiración que inspiramos. ¡Qué pliegue aquel tan airoso, tan artístico, tan bien dispuesto para realzar el delicado contorno de tu cintura ! ¡Qué lazo azul tan atrevido, tan ligero, tan fresco !... Lazo azul, cuyas hojas caían admirablemente sobre las abundantes ondas de tus cabellos rubios como el oro.

¡ Cuántas sonrisas de aprobación, cuántas mira-

das de entusiasmo, cuántas palabras dulces como la miel, dulces como el almíbar de la lisonja, recogerías en tu paso triunfal sobre el blando tejido de las alfombras y bajo los techos artesonados de los salones !... ¡ Cuántas flores caerían sobre ti para que formarlas con ellas la corona de tu gloria !...

Tú misma, allá en el fondo oculto de tu pensamiento, ¿ no sentías la íntima complacencia de tu propia adoración ?...

Sin embargo, yo te he visto mucho más hermosa, mucho más irresistible, y el mundo que te adula no lo sabe, y tú misma lo ignoras, porque allí no había espejos que copiaran tu imagen, ni voces que repitieran en continuo murmullo el eco de tus alabanzas.

Estabas derodillas, con la cabeza inclinada sobre el pecho, y cubría tu rostro el honesto velo de tu manto. No sonreías orgullosa, sino orabas humilde ; no pedías admiración para tus encantos, sino perdón para tus culpas ; no ostentabas ufana ante la multitud el gusto exquisito de tu tocado y el dibujo correcto de tu belleza, sino que, prosternada ante el altar, ofrecías la sencillez de tus pensamientos y la pureza de tu alma : no estabas en el baile, estabas en el templo ; no era el mundo el que encendía en tu imaginación el fuego de todas las vanidades ; era Dios, Dios mismo, el que llenaba tu corazón de santos consuelos y de divinas esperanzas. ¡ Oh, qué hermosa estabas en aquel instante !

Cuando atraviesas los salones, suspende las miradas de la concurrencia que te rodea y te admira, la gallardía de tu talle, y tu cabeza se balancea graciosamente sobre tus hombros, ufana del triunfo que consigues. Estoy seguro de que en el momento supremo de tu gloria, tú misma te sientes deslumbrada por tu propio esplendor. Los ojos que te miran no son para ti más que espejos vivos donde contemplas la gloria de tu triunfo, y no darías ni la más pequeña parte de tanta admiración, por el cariño más profundo. Sí; prefieres ser admirada á ser querida.

La vanidad es así: es la inflamación que levanta en el alma el veneno de la lisonja.

Tu doncella ha estado feliz, tu modista inspirada, tú estás encantadora, y yo también te admiro; pero, ¡qué quieres!, mi corazón no toma ninguna parte en el homenaje que mis ojos asombrados te tributan.

Reconozco la habilidad de tu doncella y hasta el genio creador de tu modista, y veo en ti el doble encanto en que se combinan tu persona y tus adornos. En una palabra: te admiro; y si fuera mujer te envidiaría. ¿Acaso quieres tú otra cosa más que ser envidiada?....

El mundo que te rodea, en cuya atmósfera brillas y cuyos aplausos recoges, no ve en ti más que el esplendor de la superficie; su mirada, que parece tan perspicaz, no pasa de los encajes de tus vestidos; no te ve más que cuando le ilumina

el resplandor del lujo. Por eso no sabe que hay otro mundo escondido en el fondo de la sociedad, donde corren también de boca en boca tus alabanzas.

Óyeme: en las poblaciones cultas, la policía no consiente que los pobres imploren la compasión de las gentes dichosas, en las puertas de los teatros y á la entrada de los paseos. Ya ves; no es justo entristecer á los que gozan, con el espectáculo de los que padecen.

La desgracia se ha refugiado, como en su único asilo, en los atrios de las iglesias y en los pórticos de los templos, porque, al fin, la Iglesia ha sido siempre el verdadero amparo de las desdichas humanas. Pues bien: yo te he visto inclinar dulcemente el rostro sobre la cabeza del anciano desvalido, y depositar en el hueco de su mano temblorosa el consuelo de la limosna; y nunca he visto más gracioso tu talle que en aquel momento en que lo doblabas cariñosamente sobre el infeliz á quien consolabas y socorrías.

Es verdad que no había allí lenguas lisonjeras que ensalzaran el arte exquisito con que caían de tu esbelta cintura los rizados bullones de la segunda falda; pero había lenguas humildes que cubrían tu nombre de bendiciones.

La caridad te embellecía más que saben embellecerte tu modista y tu doncella. ¡Qué hermosa debías verte en el espejo de tu corazón!

¿No has comprendido aún la diferencia que existe entre ser envidiada y ser bendecida?

Hablan los que te admiran de la variedad de tus joyas, de la novedad de tus prendidos, siempre nuevos y siempre frescos, de los pliegues airosos de tus opulentos vestidos, de las ondas artísticas de tus cabellos, que unas veces se levantan sobre tu frente, como las olas revueltas del mar embravecido, y otras veces caen sobre tus hombros como una cascada de oro.

Los que te quieren cuentan tus bellas acciones, tus nobles palabras, tus tiernos pensamientos, las prendas de tu alma.

¿Adviertes la diferencia que hay entre la belleza de la virtud y la belleza del lujo?

¿Deseas conocer el número de las personas que te estiman y que te quieren?... Pues resta de todos los que te tratan á todos los que te adulan.

Hay unas joyas maravillosas que han hecho eterna la belleza de una mujer.... Estas joyas están en la memoria de todo el mundo. Son las que Isabel la Católica vendió para que Colón descubriera la América. Ellas hicieron inmortal la grandeza de sus pensamientos y la hermosura de su corazón.

Tu doncella y tu modista saben lo que cuestas ; pero ¿hay muchos que sepan lo que vales ?...

Adorna tu alma con todas las virtudes, y brillará tu rostro con todos los encantos.

Para ti, cuyo corazón no han acabado de trastornar las embriagueces del lujo, he escrito este libro, y á ti te lo dedico.

